

*Política y ética, memoria e historia: las peculiaridades del caso vasco
en el contexto español*

Paloma Aguilar Fernández
UNED and Instituto Juan March

LASA, September 24-26, 1998.
SJU09 SAT/8AM Salon III.
"Politics and Ethics from Dictatorship to Democracy: Memory and History in Spain, Chile, and
Guatemala".
Chair: Alexander Wilde.

"¿Cómo enfrentar el mal? ¿Cómo responder a violaciones masivas de derechos humanos? ¿Cómo hacerlo cuando son cometidas desde el Estado o por quienes cuentan con el consentimiento y la tolerancia de sus gobiernos? Frente a semejantes atrocidades, quienes tomen el poder (...) deben decidir si enjuiciarán o castigarán de alguna forma a los miembros del gobierno anterior o del ejército vencido por la comisión de tales actos"

Carlos S. Nino

"The past is not dead; it is not even past"

Christa Wolf

RESUMEN: El recuerdo traumático de la conflagración civil facilitó que durante la transición española se hiciera lo imposible para que no se reprodujeran los errores que habían acabado con la II República. Para ello, se llevó a cabo una política de reconciliación nacional basada en el reconocimiento de la culpabilidad colectiva por los crímenes de la guerra y en el deseo unánime de que ésta nunca más se repitiera. El consenso se consagró como la forma de negociación por excelencia. En el caso vasco, sin embargo, las posturas maximalistas y violentas no fueron tan minoritarias como en el resto siendo, además, muy superiores los niveles de movilización. Además, los valores prioritarios de los vascos eran, según las encuestas, diferentes en varios aspectos a los de los demás españoles. Vamos a intentar explicar el porqué de estas conductas y valores mediante la constatación de la existencia de un recuerdo peculiar de la guerra que, modelado por las élites nacionalistas vascas, genera aprendizajes suficientemente distintos como para incidir sobre la vida política de forma diferente¹.

Tanto en Europa como en Estados Unidos el estudio del peso del pasado sobre el presente se ha convertido en un objeto de atención privilegiada para sociólogos, politólogos e historiadores. Después de décadas centrando sus investigaciones en aspectos más tangibles, otros dirían estructurales, del devenir histórico y del acontecer político, son muchos los que sugieren que el recuerdo colectivo de las sociedades, y de los distintos grupos que las componen, es importante. A este interés por los usos y abusos del pasado ha contribuido el resurgimiento generalizado de la conciencia nacionalista, la cual suele depositar la legitimidad de sus reivindicaciones actuales en acontecimientos históricos, tanto más dudosos cuanto más remotos.

El papel que jugó la memoria de la guerra civil (1936-1939) en la forma de llevar a cabo la transición hacia la democracia en el conjunto de España ha de ser contrastada con las especificidades que dicho recuerdo adquirió en distintas zonas del país. En este trabajo, además de dar cuenta de la importancia que tuvo dicho recuerdo para explicar cómo se produjo el cambio de régimen, también voy a intentar llevar a cabo una primera aproximación al papel peculiar que la memoria de dicha contienda desempeñó en el desarrollo de la transición en el País Vasco. Para

¹ Mi asistencia a esta XXI edición del LASA ha sido posible gracias a Alexander Wilde y a la Fundación Ford, a quienes aprovecho para mostrar mi más profundo agradecimiento.

ello defiendo la necesidad de remontarme, siquiera brevemente, además de a la propia guerra civil, al franquismo, con el fin de estudiar la evolución de la narración de dicho acontecimiento y sus distintas utilidades por parte de las principales fuerzas políticas. Sólo de esta forma podremos llegar a entender el papel que juega este suceso en los años que siguen a la muerte de Franco.

En España el recuerdo traumático de la conflagración civil facilitó que tanto las élites políticas como la sociedad hicieran todo lo posible por intentar evitar que se reprodujeran los errores de antaño que habían acabado con la única experiencia democrática española, la II República (1931-1936). Con este fin, se intentó que los adversarios políticos no convirtieran el pasado en arma arrojada, lo que, según muchos se temían, pudiera haber hecho imposible el diálogo pacífico entre los herederos de las posiciones ideológicas que se enfrentaron en la Guerra Civil. Todo lo cual ayuda a entender la política de reconciliación nacional llevada a cabo, basada en el reconocimiento implícito de la culpabilidad colectiva por los crímenes cometidos en la guerra y en el deseo unánime de que nunca más se repitiera un drama semejante. Por todo ello, el consenso se consagró como la forma más legítima de negociación entre los distintos actores políticos y sociales.²

En el País Vasco también nos encontramos con que el carácter traumático del recuerdo de la contienda ayuda a explicar no pocas de las actitudes adoptadas por los distintos actores que protagonizan la transición. Sin embargo, resulta obvio que este fue el caso más atípico dentro del contexto español pues, durante este período de cambio político, las posturas maximalistas y violentas no fueron aquí tan minoritarias como en el resto del país siendo, además, muy superiores los niveles de movilización política y social, especialmente cuando comenzaron a declinar en otras partes. Si a lo anterior añadimos el hecho de que los dos *referenda* de la transición, el de la Ley para la Reforma Política (1976)³ y el constitucional (1978)⁴, obtuvieran las tasas más elevadas de abstención en el País Vasco, creemos que está clara la especificidad de este caso y la pertinencia de un estudio pormenorizado del papel desempeñado en él por la memoria colectiva.

² Este argumento fue defendido por la autora en el libro *Memoria y Olvido de la Guerra Civil Española* (Madrid: Alianza Editorial 1996). En este artículo, cuando tratemos del caso español en conjunto, extractaremos argumentos que proceden de esta obra.

³ Las tasas más elevadas de abstención se obtuvieron en Guipúzcoa (55 por ciento) y en Vizcaya (46 por ciento), siendo la media nacional de abstenciones del 22 por ciento. Véase Francisco J. Llera, *Postfranquismo y Fuerzas Políticas en Euskadi. Sociología Electoral del País Vasco* (Bilbao: Universidad del País Vasco 1984) p.95 y John F. Coverdale, 'Regional Nationalism and the Elections in the Basque Country', en Howard R. Penniman y Eusebio M. Mujal-León (eds), *Spain at the Polls. 1977, 1979 and 1982* (Durham: Duke University Press 1985) p.233.

⁴ El porcentaje de votos negativos fue también superior en las provincias vascas y navarra (alrededor de un 20 por ciento) que en el resto de España (casi un 8 por ciento). Véase Coverdale, op.cit., p.241-3. Para una síntesis de la participación electoral en el País Vasco y en el conjunto de España en estos dos referénda, así como en las elecciones legislativas de 1977 y de 1979, y en las municipales de 1979, véase Juan J. Linz, *Conflicto en Euskadi* (Madrid: Espasa-Calpe 1986) p.179.

En este artículo vamos a intentar averiguar el porqué de esta serie de conductas mediante la constatación de la existencia de un recuerdo peculiar de la guerra que, debidamente modelado por las élites nacionalistas vascas, genera aprendizajes suficientemente distintos como para incidir sobre la vida política de forma diferente. Con esto no queremos decir que la memoria colectiva sea la variable que mejor explica el retraso con que en el País Vasco acaba produciéndose la transición hacia la democracia, sino tan sólo subrayar la importancia que tienen los intentos de manipulación del pasado por parte de las élites políticas, en este caso nacionalistas, y sus repercusiones sobre los valores y creencias de una sociedad que trata de sobreponerse a un recuerdo sumamente complejo.

La Memoria de la Guerra Civil en el conjunto de España

Cuando finalizó la guerra civil, el franquismo intentó consolidar su gobierno apoyándose en la victoria bélica. A lo largo de los primeros años, las autoridades políticas no reconocían que se hubiese tratado de una guerra civil. Por aquel entonces se decía que la batalla se había librado contra el invasor extranjero y el comunismo internacional. Sin embargo, cuando el mito fundacional de un régimen es un conflicto fratricida resulta muy difícil que la legitimidad del mismo sea suficientemente sólida si no va reforzada por otros elementos. De hecho, la notoria ilegitimidad inicial del franquismo hizo que este tuviera que mantener su autoridad política en los primeros años mediante una estrategia de represión y control exhaustivos. El progresivo alejamiento de ese momento originario del régimen vino a coincidir con un período de liberalización económica que permitiría que el país se beneficiara de la ola de prosperidad que recorría el mundo occidental en los años sesenta. Fue entonces cuando el discurso oficial dejó de centrarse en la contienda para pasar a otorgar un mayor protagonismo a los logros económicos y las transformaciones sociales llevadas a cabo en la década de los sesenta.

Durante esta segunda etapa del régimen, el crecimiento económico, junto con el progresivo reconocimiento internacional del franquismo, propició que el régimen recibiera unas dosis importantes de legitimidad. Todo ello favoreció que la versión heroica de la contienda que había venido transmitiendo hasta entonces el franquismo fuera siendo sustituida, de forma gradual, por una visión trágica mediante la cual la guerra había dejado de ser considerada como algo necesario para pasar a constituir una desgracia que nadie había podido evitar. En la etapa final del régimen, no eran pocos los que consideraban el pasado bélico como un acontecimiento vergonzante e incluso algunos aconsejaban su olvido como forma más adecuada de superarlo, pues estaban convencidos de que cualquier debate abierto sobre el mismo volvería a abrir las viejas cicatrices y a deteriorar la convivencia entre los españoles.

A la muerte de Franco la sociedad había llegado a consensuar, ya que no un relato unívoco de lo que había ocurrido en la guerra civil, sí el aprendizaje derivado de dicha experiencia

traumática. Por un lado, en la transición se llega a la conclusión de que los dos bandos que se enfrentaron en la guerra habían sido igualmente culpables de la barbarie que entonces se desató. De esta forma, ninguno fue más culpable que el otro, pues en ambas zonas se cometieron atrocidades injustificables. Por otro lado, la asunción de la brutalidad del pasado fue posible gracias a la interpretación de la contienda en clave de 'locura colectiva'. Finalmente, la principal lección que se obtiene en la transición es el 'nunca más'. Jamás debe repetirse en la historia de España un drama semejante, a lo que deben contribuir todas las fuerzas políticas, sociales y económicas. Sólo así puede entenderse en toda su profundidad y complejidad tanto el consenso generalizado que gobierna la transición hasta la aprobación de la Constitución en diciembre de 1978, como la política de reconciliación nacional que desde el principio se intenta llevar a cabo.

La transición se encuentra con una presencia muy viva del recuerdo dramático de algo que había ocurrido hacía unos cuarenta años. Más del setenta por ciento de la población española no había vivido la Guerra Civil, pero éste es el tipo de acontecimiento que se transmite de generación en generación, pasando a formar parte del acervo de la memoria colectiva, como memoria transmitida pero aún viva e influyente. La pervivencia del trauma derivado de la guerra y la presencia de ciertos legados del franquismo en la cultura política de los españoles, pueden rastrearse en las encuestas de opinión del período.⁵

En el momento en que la sociedad percibió, consciente o inconscientemente, y de forma más o menos fundada, ciertas semejanzas entre la situación de los años setenta y otra que había tenido lugar en la década de los treinta, es cuando se resucitó la memoria de la contienda.

A mediados de los años setenta, la sociedad española llevaba ya cerca de cuarenta años sin convivir con instituciones democráticas. Así, cuando, de forma paulatina, fueron apareciendo los partidos, los sindicatos, las elecciones y la vida parlamentaria, eran muchos los españoles que no las habían experimentado directamente. Dichas instituciones no eran, sin embargo, nuevas en la historia de España. Una minoría de españoles las había conocido en tiempos de la II República, derrotada junto a sus instituciones en la Guerra Civil. El Franquismo estuvo denostando la experiencia republicana a lo largo de toda su existencia. Sus argumentos no eran compartidos por buena parte de la población española, pero en los años setenta eran muchos los que tenían una visión crítica del período republicano, si bien por otros motivos.

Se criticaba tanto su debilidad como sus excesos, la intransigencia de las mayorías con las minorías, la imposición de un texto constitucional no consensuado, la política militar y religiosa, y otras cuestiones. Para muchos, el fracaso de la II República, que desembocó en la Guerra Civil, se debió, en cierta medida, a sus propios errores y a un diseño institucional que, además, los

⁵ Sobre la pervivencia de ciertos valores autoritarios, véase Mariano Torcal, *Actitudes políticas y participación política en España: pautas de cambio y continuidad* (Madrid: Universidad Autónoma, Tesis Doctoral 1995).

potenciaba, junto con un contexto internacional que, efectivamente, había sido poco propicio para la consolidación de una débil e incipiente democracia.⁶ La memoria del derrumbamiento del régimen republicano quedó, de esta forma, asociada a la experiencia trágica de la Guerra Civil, por lo que en la transición, al resucitarse instituciones que habían estado vigentes en el período republicano era lógico que los españoles evocaran tanto esta experiencia fallida como su funesto final.

Es por ello que la sociedad española intentó, con todas sus fuerzas, que no se reprodujeran los errores que habían acabado con la II República, para lo que se evitó repetir su diseño institucional. El pasado delimitó lo que era y no era posible en la transición política pues, ante un momento tan rodeado de incertidumbres y cautelas como éste, cualquier pista sobre lo que podría ocurrir de aprobarse unas instituciones u otras era aceptada con gran esperanza. Y es que la historia, lógicamente, es también una fuente de legitimidad y estabilidad fundamental en los regímenes democráticos. También se hizo lo imposible para que los adversarios políticos no convirtieran el pasado en arma arrojadiza, lo que, según muchos se temían, pudiera haber hecho imposible el diálogo pacífico entre los herederos de posiciones ideológicas que se enfrentaron en la Guerra Civil. Se trataba de olvidar los rencores del pasado, de hacer un 'borrón y cuenta nueva' para todos, de retener el aprendizaje de la historia sin hurgar en la misma, para ser capaces, entre todos, de construir un futuro de convivencia democrática y pacífica.

El recurso al silencio supuso, para muchos, ciertas renunciaciones que acabaron convirtiéndose en frustraciones, pero se logró el objetivo máximo que todos parecían perseguir: la consolidación pacífica de una democracia en España, algo que, hasta ese momento, no había sido posible. Esto favoreció que la transición española se convirtiera en el mito fundacional básico de la democracia y que su recuerdo llegara a constituir un recurso político de gran importancia. Los aspectos que más ensombrecieron el proceso estuvieron directamente relacionados con el transcurso de la transición en el País Vasco: el notable incremento de la violencia terrorista de ETA⁷ y la victoria de la abstención en el referéndum constitucional en dos de las tres provincias vascas. La

⁶ Para una visión de la II República en esta misma línea, véase Stanley Payne, *Spain's First Democracy. The Second Republic, 1931-1936* (Wisconsin: The University of Wisconsin Press 1990).

⁷ *Euzkadi ta Askatasuna* ('País Vasco y Libertad'), organización terrorista del nacionalismo radical fundada en 1959. Tiene sus orígenes en el grupo *EKIN* ('Hacer'), fundado en 1952 por algunos miembros de la organización juvenil del Partido Nacionalista Vasco (PNV), *EGI* (*Eusko Gaztedi*, 'Juventudes Vascas'), y por otros estudiantes vascos de un grupo denominado *EIA* (*Eusko Ikasle Alkartasuna*, 'Estudiantes Vascos Unidos'). La ruptura entre el PNV y *EKIN* no se produjo hasta 1959, un año antes de la fundación de ETA. A pesar de ello, siguió habiendo importantes trasvases desde *EGI* hacia ETA, si bien las estrategias políticas del PNV y ETA eran claramente diferentes. A partir del surgimiento de ETA, el PNV hubo de enfrentarse, por vez primera, a un serio competidor en el eje nacionalista, lo que le obligaría, especialmente en las primeras campañas electorales de la transición, a inclinarse, de forma intermitente, hacia el nacionalismo radical con el fin de evitar que el electorado juvenil fuera atraído en su totalidad por esta nueva fuerza que pronto tuvo su propio representante político en el arco parlamentario, el partido *HB* (*Herri Batasuna*, 'Pueblo Unido').

Constitución democrática de 1978, hito fundacional básico de la democracia, anunciada como la Constitución de la reconciliación entre los españoles, fue aprobada en todo el país, pero la campaña que el nacionalismo vasco hizo a favor de la abstención tuvo un éxito inesperado en su territorio. Más allá de las razones que entonces dieron los nacionalistas vascos para justificar su abstención en el referéndum constitucional cabe preguntarse, por qué éstos no se sintieron tan obligados como el resto de los españoles a secundar la política de consenso y reconciliación y qué papel jugó en la adopción de esta actitud singular el recuerdo del pasado bélico y el aprendizaje derivado del mismo.

La Guerra Civil en el País Vasco

La actitud del Partido Nacionalista Vasco a lo largo de la II República no se había caracterizado, precisamente, por la coherencia ideológica.⁸ Mientras que en 1931 sus dirigentes formaron una coalición electoral con los carlistas, tanto en 1933 como en 1936 decidieron competir solos en los comicios, si bien en este último caso desde un entendimiento algo mayor con los partidos republicanos y de izquierdas, con quienes acabarían colaborando tras el estallido de la guerra. Este cambio de actitud les ocasionó más de un abandono en sus filas y cierto retroceso electoral.⁹ Cuando el 18 de julio de 1936 se produjo la sublevación militar contra la República, el PNV, hegemónico en buena parte del País Vasco, se vio obligado, muy a su pesar, a tomar partido por uno de los dos bandos en liza. Las dudas iniciales se acabaron disipando cuando las fuerzas franquistas triunfantes en Navarra¹⁰ y Álava comenzaron a represaliar a algunos miembros del PNV. Además, era evidente que existían muchas más probabilidades de obtener de los republicanos el Estatuto vasco de autonomía que en esos momentos estaba pendiente de aprobación en las Cortes.

Por lo que respecta a la comunidad vasca en general, el primer hecho que habría que subrayar, dado el aparente olvido en que suele caer en el relato nacionalista, es la división que se produjo en su seno a raíz del alzamiento militar. Si bien es cierto que Vizcaya y buena parte de Guipúzcoa acabaron apoyando, aunque con importantes reticencias por parte del PNV, a la República, también lo es que en Álava y Navarra no sólo fueron muchos los que se pusieron de

⁸ Dicho partido fue fundado por Sabino Arana en 1895 y desde entonces fue, y aún es, el más importante en el universo nacionalista vasco.

⁹ Sobre la actitud del PNV en los años treinta, véanse Juan Pablo Fusi, *El problema vasco en la II República* (Madrid: Turner 1979) y José Luis de la Granja, *Nacionalismo y II República en el País Vasco* (Madrid: CIS/Siglo XXI 1986).

¹⁰ Navarra no forma parte del País Vasco, sino que constituye una Comunidad Autónoma independiente. Tampoco en los años 30 estaban ambas comunidades integradas en la misma región. Sin embargo, en el presente artículo hablaremos con cierta frecuencia del caso navarro pues, según los nacionalistas vascos, Navarra forma parte de *Euskalerrria* ('Patria Vasca') junto con otras regiones del sur de Francia.

parte de los sublevados, sino que incluso los alaveses y, especialmente, los requetés navarros constituyeron el mayor contingente de voluntarios que habría de recibir el bando franquista. Más significativo aún, si cabe, es que, incluso en estas provincias donde triunfó el golpe de Estado, las sedes del PNV no fueran inmediatamente clausuradas (como sí lo serían las de los otros partidos que combatieron en el bando republicano), pues las fuerzas franquistas confiaron, al menos hasta poco antes de la aprobación del Estatuto vasco y la constitución del primer gobierno vasco en octubre del 36, en la posibilidad de que dicha formación política acabara tomando partido por ellos.¹¹

Una guerra civil entre vascos

El carácter abiertamente confesional del PNV le confirió una peculiaridad importante en un bando en el que predominaba el agnosticismo e incluso, en no pocos casos, el anticlericalismo intransigente y violento. Esto propició que parte importante de los nacionalistas vascos temiera casi tanto a sus propios aliados (especialmente a los anarquistas, comunistas y socialistas radicales) como a los franquistas. Lo que sí parece ser cierto es que los militantes del PNV intentaron mantener una actitud algo más respetuosa durante la guerra con el enemigo, fuera porque éste también era vasco, o debido a la existencia de ciertas afinidades ideológicas, religiosas o culturales. También parece lógico que esto fuera así ya que su militancia en uno de los dos bandos resultó ser un tanto accidental y forzada, pues no fue el resultado de una decisión clara y entusiasta, como en el caso de otros partidos.

El mismo desarrollo de la guerra civil en el País Vasco presenta una serie de especificidades que han sido abundantemente investigadas. Es bien conocida la escasa combatividad de los nacionalistas hasta la obtención del Estatuto, la falta de entendimiento entre las jerarquías militares republicanas y las nacionalistas vascas, los recelos existentes entre los izquierdistas y los nacionalistas, las numerosas deserciones hacia el campo enemigo, la rápida rendición de los batallones vascos en Guipúzcoa y la negativa de los nacionalistas vascos, cuando la caída de Bilbao era inminente, a destruir su industria pesada con el fin de que dicho arsenal no cayera íntegro en manos de los franquistas.

Pero lo más significativo, probablemente, fuera la reticencia de los *gudaris* ('soldados') finalmente movilizados por los nacionalistas a combatir fuera del País Vasco, pues son muchos los testigos presenciales que afirman que la guerra terminó para aquéllos con la caída de su territorio en manos franquistas. Todo esto enlaza con el célebre y espinoso asunto del Pacto de Santoña. Ha sido numerosas veces contada la negociación que algunas personalidades del PNV, entre otros

¹¹ Sobre los contactos entre los sublevados y el PNV, véase Stanley Payne, *El nacionalismo vasco* (Barcelona: DOPESA 1974) pp.220-2 y Luis M^a y Juan Carlos Jiménez de Aberasturi, *La guerra en Euskadi* (Barcelona: Plaza & Janés 1979) p.197.

Juan de Ajuriaguerra y Jesús María de Leizaola, establecieron con las fuerzas fascistas italianas aliadas de Franco. Algunos nacionalistas vascos ofrecieron rendirse a los italianos a cambio de que éstos les permitieran evacuar a sus batallones y a parte de la población civil. La rendición, efectivamente, se produjo, pero no así la evacuación ni el respeto a la población civil y militar pues, si bien es cierto que el ejército italiano parecía dispuesto a respetar el trato, fueron las autoridades franquistas quienes no dudaron en vulnerarlo. De hecho, una vez que entraron las tropas victoriosas se produjeron, como en cualquier otra zona arrebatada a los republicanos, numerosas detenciones y fusilamientos, aunque es cierto que la iglesia vasca, que no cejó en su empeño de interceder a favor de los nacionalistas vascos basándose en el acendrado catolicismo y conservadurismo político de éstos, contribuyó muy eficazmente a la moderación de las represalias. De hecho, la mayor parte de los fusilamientos franquistas en el País Vasco se llevaron a cabo contra personas de credo no nacionalista.

La represión a lo largo de la contienda y en los primeros años de la posguerra ha sido uno de los asuntos más controvertidos en la historiografía reciente de ese período. Sin embargo, más allá de la polémica acerca del número de muertes atribuibles a cada bando y sobre la organización de las represalias en ambas retaguardias, parece haberse generalizado la idea de que, dentro de las provincias que se mantuvieron fieles a la República, el franquismo fue mucho más duro con aquellas en las que existía una mayor conciencia nacionalista. Lo cierto es que las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa perdieron privilegios forales como los conciertos económicos. Sin embargo, tanto Navarra como Álava, a cambio de su actitud durante la guerra, pudieron conservar sus privilegios forales.

Es cierto que, a lo largo del franquismo, la represión cultural que se ejerció sobre todo el país pudo llegar a resultar especialmente dolorosa en aquellas regiones en las que se hablaba un idioma distinto del español, dado que a éstas se las impedía comunicarse en su propia lengua (lo cual debió ser más dramático en el caso catalán que en el vasco, pues en aquél el porcentaje de la población que conocía y utilizaba la lengua autóctona era muy superior). No obstante, existen algunos datos que nos permiten afirmar que, lejos de los argumentos victimistas que ha venido sosteniendo el nacionalismo vasco en la transición, en las tres provincias vascas no hubo más represalias al final de la contienda que en otras zonas de España, ni tampoco fue el País Vasco, como veremos después, la zona donde más se sufrieron las carestías de la posguerra.

De hecho, no son pocos los autores que afirman que 'la represión en la guerra y en la inmediata posguerra fue, en el País Vasco, bastante más 'blanda' que en otras zonas de España (...). Además, y en cuanto a los más comprometidos, para 1945, han vuelto prácticamente todos

los represaliados con motivo de la guerra civil¹². El mito de la superior magnitud de la represión en el País Vasco, cuidadosamente alimentado por el discurso nacionalista, ya fue combatido por Andrés de Blas apoyándose en los textos de Salas Larrazábal y de Ibarra. ¹³ En el trabajo de este último se afirma que desde 1943 ya no hay presos nacionalistas en las cárceles franquistas.¹⁴

Una peculiar transición a la democracia

El batallón que en 1937 se encargó de entregar las fábricas de Bilbao intactas al enemigo franquista, contraviniendo las órdenes de destrucción de la autoridad republicana, era del PNV. Al inicio de la transición, 'el propio PNV reivindicó esta actuación, por boca de uno de sus líderes más conocidos, Xavier Arzallus, en el primer mitin público autorizado que celebró este partido en el frontón Anoeta de San Sebastián.'¹⁵ La lectura nacionalista que hace el PNV del pasado, según la cual 'todos los vascos' perdieron la guerra, es la que justifica que antepusieran los intereses de su propia región a los de sus aliados políticos. Este distinto orden de prioridades, que tantas críticas recibió, acaba siendo exhibido con orgullo por parte del PNV que, de esta forma, aspira a distanciarse de los partidos 'españoles', de cara a un nuevo electorado de postulados nacionalistas mucho más radicales. Mediante este mecanismo, lo que en su momento fue considerado una traición a la causa republicana (como el Pacto de Santoña o la entrega de las fábricas intactas), acaba siendo una virtud para quienes la defensa de 'todo lo vasco' constituye la máxima aspiración. No en vano los dos principales artífices de la rendición de Santoña serían las personalidades nacionalistas vascas más emblemáticas de la transición, el presidente del gobierno vasco en el exilio, Leizaola, y el líder histórico del partido en la clandestinidad, Ajuriaguerra. Curiosamente, sin embargo, su honorabilidad no sólo no sería puesta en entredicho durante la transición, sino que incluso Ajuriaguerra era, a mediados de los setenta, el personaje que mayor autoridad moral tenía en el País Vasco.

Lo cierto es que a ninguna otra fuerza política se le pasó revista por su pasado, debido a una especie de acuerdo tácito consistente en no urgar en él para así evitar que éste fuera utilizado como arma política, especialmente el que estaba relacionado con la contienda. Si los socialistas y los peneuvistas, que tan difíciles relaciones tuvieron en los años 30, se hubieran dedicado a echarse en cara sus respectivas actuaciones durante la guerra, difícilmente se hubiera logrado el clima de reconciliación y consenso que presidió la mayor parte de las negociaciones que se

¹² José M^a Garmendia y Manuel González Portilla, "Crecimiento económico y actitudes políticas de la burguesía vasca en la postguerra", en Isidro Sánchez et al. (dirs), *España franquista. Causa general y actitudes sociales ante la dictadura* (Albacete: Universidad de Castilla-La Mancha 1993) p.191.

¹³ Eugenio Ibarra (ed.), *Cincuenta años de nacionalismo vasco* (Bilbao: Ediciones Vascas 1978).

¹⁴ Citado por Andrés de Blas, "La izquierda española y el nacionalismo. El caso de la transición", *Leviatán* 32, p.84.

¹⁵ Jiménez de Aberasturi, op.cit., p.260.

llevaron a cabo durante la transición. Esto hizo posible que el PNV, igual que el resto de la oposición, pudiera también mejorar su imagen pasada para afirmar, justo antes del referéndum constitucional, para justificar su campaña a favor de la abstención: 'Tampoco en el período republicano nuestros Diputados aprobaron aquella Constitución, y ahí está el aval histórico de la fidelidad de un Gobierno vasco, de la fidelidad de un partido que, no habiendo votado 'sí' a la Constitución republicana, defendió su autonomía, aquella Constitución que la hizo posible y aquel régimen en la guerra y en la posguerra durante tantos años'.¹⁶ Según las circunstancias, el PNV insiste en su fidelidad incondicional hacia la República o, por ejemplo, para referirse al Pacto de Santoña, en el grave disgusto que les produjo tener que tomar partido en una guerra que les era ajena y la consiguiente justificación moral de anteponer la integridad de lo vasco a la consecución de cualquier otro objetivo, como la defensa de la República.

Otra parte importante de la autoridad moral del nacionalismo vasco durante la transición procede del reconocimiento, por parte de la oposición democrática, del especial ensañamiento del régimen franquista, a partir de finales de los años 60, con el País Vasco y también del halo de heroísmo que entonces se le otorgaba a ETA por haber sido la fuerza de resistencia al régimen que más visibilidad había tenido y cuyas acciones más habrían podido contribuir a dificultar la continuidad de la dictadura tras la muerte de Franco.¹⁷ Resulta notoria la ceguera de la oposición al no haber sabido entender que la lucha de ETA iba, desde el principio, por otros derroteros.

ETA, de hecho, consideraba la lucha contra la dictadura como un objetivo accidental, pues la verdadera meta era la emancipación de la patria vasca y la expulsión del invasor. El PNV, a pesar de sus discrepancias con el nacionalismo radical, obtendría no pocos beneficios de la resistencia armada de ETA. Por una parte, su indudable contribución al resurgir de la conciencia vasca¹⁸ y, por otra, la posibilidad de utilizar indirectamente el fantasma del terrorismo en sus negociaciones con el gobierno central. Pues, si bien es cierto que el partido gobernante durante la transición, Unión de Centro Democrático (UCD) justificó los retrasos y las limitaciones de ciertas medidas políticas de gran trascendencia para el País Vasco (legalización de la bandera vasca, aprobación de la amnistía,¹⁹ constitución del Consejo General Vasco, etc...) amparándose en las

¹⁶ PNV, *El PNV ante la Constitución. Historia y alcance de unas negociaciones* (Zarauz: Itxaropena 1978) p.146.

¹⁷ De acuerdo con las declaraciones realizadas por un político del PNV, con ETA se produjo una 'identificación moral' en todos los partidos democráticos al haber sido la única 'oposición armada' al franquismo (Entrevista realizada por Hans-Jürgen Puhle el 20 de septiembre de 1983. Código: B4/C64, p.17-8). Estas entrevistas son citadas de forma anónima por deseo expreso de los interesados. He tenido acceso a ellas, con permiso del profesor Richard Gunther (que fue quien las llevó a cabo en su mayor parte) en la Biblioteca del Instituto Juan March.

¹⁸ Juan Pablo Fusi, *El País Vasco. Pluralismo y nacionalidad* (Madrid: Alianza Editorial 1984) p.225.

¹⁹ Sobre las manifestaciones acerca de la amnistía, su íntima conexión con el recuerdo de la guerra civil, y las especificidades que éstas adquirieron en el País Vasco, véase Paloma Aguilar, "Collective Memory of the

presiones recibidas por el sector inmovilista del Ejército, también lo es que el PNV se parapetó detrás de las acciones terroristas para convencer al gobierno de la pertinencia de sacar adelante ciertas medidas.

Los dos problemas de más envergadura con que se hubo de lidiar en la transición fueron tanto la amenaza golpista como el chantaje terrorista. Las Fuerzas Armadas de este período constituían una herencia directa del franquismo y, aunque el relevo generacional había introducido un notable cambio de mentalidad en muchos de sus representantes, lo cierto es que el sector más inmovilista tuvo la capacidad de ejercer no pocas presiones sobre el proceso democratizador. El miedo que existía entre las fuerzas democráticas a que se produjera un golpe de Estado hizo que éstas se vieran obligadas a moderar algunas de sus demandas, pues no era oportuno forzar la mano de aquellos que ya de por sí no veían con muy buenos ojos el proceso democratizador (especialmente por lo que respecta a la descentralización territorial) y que además eran el blanco preferido de los ataques terroristas.

Resulta muy curioso que la amenaza golpista se percibiera con mucho menor dramatismo precisamente en el País Vasco, que fue donde se produjeron las más graves amenazas al orden público, donde el nivel de movilización social y político fue más elevado, y donde estaban erradicadas las fuerzas políticas más radicalizadas tanto en el eje ideológico como en el nacionalista.²⁰ El miedo a que se produjera un golpe de Estado (como aquel que acabó, tras provocar una larga guerra civil, con el régimen republicano), tan presente en ciertos partidos de ámbito nacional, apenas aparece en los escritos de la mayoría de los partidos nacionalistas vascos, ni en los estudios acerca de la transición en el País Vasco. Algunos líderes del PNV no tenían tan presente ese sentimiento de responsabilidad colectiva que obligaba a otras fuerzas políticas a moderar sus demandas e incluso a procurar la desmovilización de sus simpatizantes. Por ejemplo, uno de ellos afirmaba que, en caso de existir el riesgo de una intervención militar, nada tenían que ver sus reivindicaciones con ello, sino que se debería a la existencia de 'un ambiente contrario a la legalidad democrática' y no a 'guerras de banderas' ni a 'violencias terroristas'.²¹ De esta forma se pretende exterminar la responsabilidad por lo que pudiera ocurrir para evitar, al menos de forma explícita, moderar su actitud.

Spanish Civil War: The Case of the Political Amnesty in the Spanish Transition to Democracy", *Democratization* 4/4 (Winter 1997) pp.88-109.

²⁰ También parece que los vascos temían en menor medida que el resto de los españoles la posibilidad de que se desatara una nueva guerra civil. Véanse al respecto los resultados de la encuesta del CIRES (op.cit., p.636) acerca del temor a que ésta se hubiera reproducido tras la muerte de Franco, con la legalización del Partido Comunista de España (PCE), tras el golpe de Estado del 23 de febrero de 1981 o con la llegada del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) al poder en 1982.

²¹ Entrevista a un responsable del Gobierno Vasco realizada por Richard Gunther el 20 de septiembre de 1983. Código B4/C64, p.18.

Un líder emblemático de *Euzkadiko Ezquerria* (EE) ('Izquierda Vasca') sí reconocería, sin embargo, que las acciones de ETA hacía el juego a los golpistas, puesto que lo que éstos pretendían era, precisamente, alimentar un clima de guerra.²² Este político insiste varias veces en que 'la guerra ha terminado' y que ahora se trata de buscar una 'solución y conciliación para, hecha la paz, que desaparezcan las consecuencias de la guerra'.²³ Otro de los dirigentes más representativos de este partido criticaba a los que decían que 'Euskadi está en guerra', y afirmaba que dicho argumento no era sólo defendido por los militantes y simpatizantes de ETA, sino que también lo utilizaba Arzallus cuando no conseguía sus objetivos y que con ello alimentaba la violencia de ETA pues confirmaba sus mismas teorías²⁴.

El miedo existente en España a que se desatase un golpe de Estado estaba íntimamente ligado al recuerdo traumático de la guerra civil, dado que ésta se inició de esta forma. Sin embargo, al existir una memoria distinta de lo que había significado la contienda y cuáles habían sido sus causas en el País Vasco, también el peligro golpista se interpretaba de una forma diferente. Por otra parte, el nacionalismo parecía apoyarse en ocasiones en el miedo generalizado que existía en España ante la posibilidad de la repetición de una confrontación fratricida, tal vez desatada de nuevo por un golpe militar, con el fin de conseguir sus objetivos, pues sostenían que de su consecución dependía que ellos fueran o no capaces de contener a los radicales.

Desde entonces, muchas de las crecientes exigencias del nacionalismo vasco se han venido amparando en la necesidad urgente de pacificar el País Vasco y en la imposibilidad de hacerlo sin que se logaran ciertos objetivos. Un dirigente del PNV de Pamplona afirmaba en junio de 1978 que, si bien la violencia de ETA no estaba justificada, había que entender que el Estado español había intentado eliminar la cultura vasca y que, 'hasta que el Estado español no tomara medidas claras y eficaces para paliar dicha discriminación contra la cultura vasca, nos será muy difícil explicar a ETA las razones por las cuales deberían deponer las armas (...). ETA no abandonará la violencia hasta que nuestras demandas se cumplan'.²⁵ Por otra parte, uno de los máximos líderes del PNV, que fue diputado en el Congreso por Guipúzcoa, reconoció, en una entrevista realizada en junio de 1983, que las acciones de ETA habían servido para avanzar el proceso autonómico vasco, sobre todo durante el gobierno de la UCD, porque este gobierno, como consecuencia de la memoria de la contienda, 'estaba muy preocupado con la contención de la violencia, y por ello apoyó la aprobación del Estatuto de Autonomía'. También insistió, como tantas veces se ha

²² Entrevista realizada a un alto cargo de EE por Richard Gunther en junio de 1983. Código: B4/C56, p.5-6. EE fue la formación política nacionalista que más hizo explícito en el Parlamento Vasco el miedo a la repetición de una confrontación fratricida. Véase el Diario de Sesiones del Parlamento Vasco, Pleno día 18/12/1980 y Pleno del día 12/2/1981.

²³ Entrevista realizada a un alto cargo de EE por Richard Gunther en junio de 1983. Código: B4/C56, p.6.

²⁴ Entrevista realizada por Richard Gunther el 20 de septiembre de 1983. Código B4/C63, p.11.

²⁵ Entrevista realizada por Richard Gunther el 27 de junio de 1978. Código: B1/53, p.263-4.

hecho, en que para acabar con ETA había que dar mayor autonomía al País Vasco.²⁶ Un tercer político del PNV interpretaba el voto a HB, aparte de como resultado de la 'frustración' de los vascos, como un claro aviso al moderantismo de su propio partido y al 'antivasquismo' de Madrid.²⁷ En cualquier caso, resulta evidente que el PNV, tal y como uno de sus líderes ha reconocido en la cita anterior, supo sacar partido de la obsesión de la UCD, y de buena parte de la sociedad española, con el mantenimiento de la 'paz'.

Otra de las posibles razones por las que la oposición democrática no cuestionó la fiabilidad del PNV como socio político podría estar basada en su deseo de que los nacionalistas moderados se avinieran a negociar con el resto de las formaciones parlamentarias no nacionalistas en vez de crear un 'frente nacional vasco', máxima aspiración de los radicales. El mayor trauma de la experiencia bélica para los nacionalistas fue su contenido fratricida vasco, lo que explica que les obsesione la idea de la fragmentación y la polarización.²⁸ De esta forma, el PNV, como consecuencia de su voluntad obsesiva de evitar una nueva fractura en el seno de la comunidad vasca, osciló entre el apoyo al gobierno (secundando, en muchas ocasiones, la política de consenso) y la connivencia con los radicales (al negarse, por ejemplo, a dar el visto bueno a la Constitución y al no condenar con la suficiente rotundidad las prácticas terroristas). Ante éstos, a cuyo electorado pretendía también atraerse, tenía que demostrar que su prioridad era la defensa de los intereses vascos y no el logro de acuerdos con el resto de los partidos, mientras que en el Parlamento español intentaba contemporizar y sumarse a cuantas medidas de consenso no atentaran contra sus objetivos, que no sólo eran particularistas, pues el PNV era plenamente consciente de que, si no se consolidaba la democracia española, difícilmente obtendría el País Vasco el autogobierno deseado. Como vemos, la principal lección que este partido había extraído de la contienda, aunque pocas veces así lo reconocía explícitamente, era que nunca más debería repetirse una guerra civil entre los vascos.

Tanto los primeros militantes de ETA como el sector más radical del nacionalismo moderado respetaban profundamente a algunos de los líderes históricos del PNV, pero consideraban que su estrategia, contemporizadora y pactista, había dado pocos frutos y que lo que ahora debía conseguirse a toda costa era la reconstrucción de la identidad nacional vasca, aunque el precio fuera la ruptura del consenso con el resto de los partidos. Por ello, en los debates

²⁶ Entrevista realizada por Richard Gunther. Junio de 1983. Código: B4/C58, p.4.

²⁷ Entrevista realizada por Richard Gunther el 21 de junio de 1979. Código: B1/A20, p.221.

²⁸ Esta fragmentación existe y tiene su reflejo en el sistema de partidos, como ha sido constatado por José Ramón Montero y Mariano Torcal, "Autonomías y comunidades autónomas en España: preferencia, dimensiones y orientaciones políticas", Alberto Figuerola y Eduardo Mancisidor (coords), *Poder político y Comunidades Autónomas* (Vitoria: Parlamento Vasco 1991) p.154. Otros autores inciden en la existencia de una élite política nacionalista dividida, a diferencia del caso catalán. Véase David Laitin, 'National Revivals and Violence', *Estudio/Working Paper* 49 (June 1993) p.22.

constitucionales el PNV quiso hacer valer, antes que la legalidad constitucional española, una legalidad foral anterior, para no cerrar para siempre la posibilidad de apelar al derecho de autodeterminación y no romper definitivamente con los nacionalistas radicales. El PNV hizo lo imposible por integrar a estos elementos, aunque fuera a costa de 'salirse' un poco del juego político pues, de acuerdo con la lógica nacionalista, el primer objetivo es la salvaguardia de la comunidad nacional.

La guerra civil española según el nacionalismo vasco

El primer atentado de ETA tuvo lugar el 18 de julio de 1961 contra un tren de excombatientes franquistas, y fue seguido de una gran persecución policial que obligó a gran parte de los militantes de ETA a huir a Francia. El significado simbólico tanto del objetivo como de la fecha elegida para esa primera acción -se cumplían entonces los 25 años del golpe de Estado que condujo a la guerra civil- resulta evidente y demuestra la pervivencia del recuerdo de la guerra y el deseo de atentar contra la legitimidad originaria del vencedor en la misma.²⁹

El debate en torno al recurso a la violencia como estrategia política no comenzó a plantearse en el seno de ETA hasta 1962 y hubo que esperar hasta su III Asamblea, celebrada dos años más tarde, para que dicha organización se decantara definitivamente, y bajo la influencia directa del texto de Federico Krutwick titulado *Vasconia*, por la 'guerra revolucionaria'. El hecho de que el nacionalismo radical vasco no reconociera la entidad civil de la guerra es fundamental para entender la adopción de dicha estrategia y las lecciones opuestas que de dicha experiencia bélica acabaron extrayendo.³⁰ Según ellos, la contienda del 36 fue una guerra de liberación librada contra un enemigo exterior, español, y lo menos importante, siendo muy grave, era que el País Vasco estuviera desde entonces sometido a una dictadura, pues lo crucial era que se encontraba 'ocupado' por una potencia extranjera. Por lo tanto, la lucha contra el franquismo era puramente accidental, ya que la gran batalla de aquella guerra, que para ETA no había cesado desde entonces, era la que habría de librarse con posterioridad contra el Estado español.

Mikel Azurmendi sostiene que hay algunas decenas de miles de votantes en el País Vasco que 'creen hoy estar en guerra'. Según este autor, 'ETA nace para dar un nuevo sentido a la guerra civil española; lo que reclama es seguir lo que quedó pendiente en la contienda de 1936-1939, y

²⁹ Tanto el PNV como ETA dedicaron no pocos esfuerzos 'a la mutilación de los monumentos que conmemoraban la victoria de Franco en la guerra civil', en John Sullivan, *El nacionalismo vasco radical 1959-1986* (Madrid: Alianza Editorial 1988) p.46. Según otro autor, tras 1967 ETA planea "eliminar con explosivos todos los recuerdos del Alzamiento", en Gurutz Jauregui, *Ideología y estrategia política de ETA. Análisis de su evolución entre 1959 y 1968* (Madrid: Siglo XXI 1985) p.456.

³⁰ Los jóvenes de EKIN, y luego los de ETA, echan la culpa de la situación represiva que se vive en aquellos momentos al fracaso de la estrategia 'pactista' del PNV, quien nunca debió negociar con las autoridades republicanas 'españolas'.

que el PNV, desde el exilio, no quería reemprender, prefiriendo esperar una resolución pacífica de la mano de las democracias europeas y americana. ETA nace para la lucha y para proseguir la guerra'.³¹

Lo grave, sin embargo, es que no es sólo el nacionalismo radical quien parece cuestionar la entidad civil de la guerra librada entre 1936 y 1939.³² A lo largo de la transición, el PNV tampoco quiso suscribir el pacto de silencio implícito sobre el pasado bélico que habían puesto en práctica el resto de formaciones políticas con representación parlamentaria. De hecho, según el nacionalista radical Letamendía, el PNV:

contrariamente a las fuerzas parlamentarias españolas, -para las que la 'reconciliación nacional' significaba, como había afirmado Carrillo, 'no remover el pasado'-, venía conmemorando desde Junio de 1977 numerosos aniversarios de acontecimientos relacionados con la guerra civil en Euskadi. Así como en el ámbito del Estado ésta aparecía en los años 70 como una guerra entre hermanos, en Euskadi, donde un Gobierno de Concentración Nacional presidido por José Antonio Aguirre había hecho la unidad vasca, la guerra civil continúa siendo contemplada como una lucha de resistencia nacional contra el ocupante extranjero. De ahí el culto al 'gudari'; de ahí también la fuerza simbólica de la equiparación del gudari 'de ayer' con el gudari 'de hoy'³³

Los documentos políticos del nacionalismo vasco moderado a lo largo de la transición evitan referirse a la experiencia bélica como 'guerra civil'. En la primera asamblea que celebró el PNV en Pamplona en 1977 se alimenta el mismo mito que sostiene el nacionalismo radical, basado en la existencia de una 'lucha' constante, desde Sabino Arana hasta la actualidad, sin referirse a la 'guerra civil' como tal. Se habla de: 'Lucha contra las sucesivas dictaduras extrañas a su ser que ha sufrido este país; lucha en las trincheras, con las armas en la mano, contra los que nos impusieron una guerra que no quisimos; lucha en las cárceles y en el exilio; lucha en la clandestinidad por todos los medios'.³⁴ En este mismo documento, Ajuriaguerra afirma en su discurso: 'No quiero terminar sin dedicar un recuerdo a todos los que por *Euzkadi* murieron en la guerra, en las cárceles, en las carreteras, en todo *Euzkadi*'.³⁵ Como su electorado natural es nacionalista, se aprovechan estas ocasiones para rendir homenaje al *gudari* muerto en la guerra, puesto que se considera que éste dió su vida 'por Euskadi', no por la defensa de la República que,

³¹ Mikel Azurmendi, "Vascos que, para serlo, necesitan enemigo", *Claves 70*, p.39.

³² Por ejemplo, Telesforo Monzón (militante histórico del PNV que acabará abandonando esta formación y constituyendo la primera Mesa Nacional de HB), según recoge Letamendía, estableció ciertos paralelismos explícitos entre la lucha de los años treinta y la actual. 'Para mí, dice Monzón, la guerra no ha terminado. Los gudarís de hoy son los continuadores de los gudarís de ayer', en Francisco Letamendía, *Historia del nacionalismo y de ETA*, III volúmenes, (San Sebastián: R & B Ediciones 1994 II) pp.204 y ss.

³³ Letamendía, op.cit., 1994 II, p.89.

³⁴ PNV, *Iruña 77* (Pamplona: La Asamblea 1977) p.1.

³⁵ PNV, op.cit., p.3.

al fin y al cabo, era un régimen 'español' que ellos no habían contribuido a traer y cuya Constitución no habían aprobado en las cámaras. Por otra parte, cuando se rinde homenaje a los que lucharon 'en todo Euzkadi' defendiendo lo que creían que era mejor para su tierra, parecen estar también dirigiéndose a aquellos vascos que, desde el carlismo, se alinearon con el bando franquista.

Una nueva juventud vasca, más radical en sus planteamientos nacionalistas que la del período republicano, será la que propiciará que cuando el PNV intente atraérsela lo haga reorientando su discurso histórico para incidir en la dimensión vasca de la guerra del 36 e insistiendo en que la prioridad máxima del PNV siempre fue la defensa de los intereses del pueblo vasco, y no la defensa de la República ni la lealtad hacia sus socios de gobierno, con quienes tan pocos objetivos tenían en común. En el mítin celebrado por el PNV en Pamplona en 1977, uno de los oradores se refirió a 'la sangre derramada a torrentes (...) por la causa vasca', para más tarde referirse, de nuevo sin utilizar la expresión 'guerra civil', a 'este drama tremendo, de tanta sangre, tanto dolor, de tanto sentimiento avasallado'.³⁶

Si el recuerdo que transmite el nacionalismo vasco de lo que ocurrió entre 1936 y 1939 no es el de una guerra civil (entre otras cosas porque al no reconocer este extremo su traición en el Pacto de Santoña queda un tanto soslayada), el aprendizaje que cabe derivar del mismo es distinto del que se extrae en el resto de España, donde no se pone en cuestión que se hubiera tratado de una conflagración civil.³⁷ Si lo que el PNV y luego ETA transmiten a la sociedad vasca es que se trató de una guerra 'entre españoles' en la que ellos fueron obligados a combatir contra su voluntad y que sólo lo hicieron para salvaguardar al máximo los intereses de su patria, la lección que parecen extraer es la siguiente: por habernos avenido en el pasado a pactar con las fuerzas españolas hemos tenido que sufrir una guerra sangrienta que nos era ajena y una dictadura opresora que ha 'ocupado' nuestro pueblo durante cuarenta años. Por lo tanto, en el futuro hemos de pensarnos muy bien si pactamos de nuevo con dichas fuerzas españolas, pues el centro de nuestras preocupaciones es, y ha de ser, la comunidad vasca.

³⁶ PNV, op.cit., p.5.

³⁷ La lectura de la guerra civil como 'guerra contra España', que no sólo suscriben los nacionalistas radicales sino también, en ocasiones, los moderados, ha permitido la formulación del mito fundacional del futuro 'Estado vasco'. Durante el tiempo que duró el gobierno vasco, en plena contienda, los nacionalistas se forjaron la ilusión de que habían construido dicho Estado, hasta el punto de que incluso llegaron a editar su propia moneda. Las implicaciones de dicha construcción mítica son difíciles de exagerar, pues de ella se concluye que sólo cuando se planteó una guerra abierta 'contra España' fue posible la construcción del 'Estado vasco independiente'. Algún autor se ha preguntado recientemente, aunque 'why did the memory of the Civil War have such an unparalleled impact on Basque nationalists? Was not the Civil War equally associated with national oppression in Catalonia? Unlike in Catalonia, the Civil War in the Basque country was experienced as a nationalist war. The nationalist had their own army, the *gudariak* (Basque soldiers) (...) created a nationalist myth of armed resistance', en Daniele Conversi, *The Basques, the Catalans and Spain. Alternative Routes to Nationalist Mobilisation* (Reno: University of Nevada Press 1997) p.224.

Una cultura política diferente

Un análisis somero de las principales encuestas que se llevaron a cabo en los años de la transición nos revelan unos contrastes sumamente interesantes entre la cultura política vasca y la española en su conjunto respecto a ciertas cuestiones. Según los datos del Informe FOESSA de 1975, el porcentaje de personas autoritarias o liberales (de acuerdo con unos índices elaborados por los investigadores) era del 51 y 49 por ciento respectivamente para España, mientras que para el País Vasco los porcentajes eran del 31 y 69 por ciento para los mismos valores.³⁸ Respecto al grado de acuerdo con la frase siguiente: 'En España lo más importante es mantener el orden y la paz', nos encontramos con que la media nacional es del 80 por ciento, mientras que la vasca es tan sólo del 67 por ciento.³⁹

En esta misma línea, según otro Informe FOESSA elaborado posteriormente, en primer lugar, mientras que del total de los españoles un 40 por ciento consideraba que el mantenimiento del orden era preferible al de la libertad, sólo lo pensaba así un 26 por ciento de la población vasca y navarra (siendo éste el porcentaje más bajo de las regiones españolas); sólo un 17 por ciento de la población española consideraba prioritaria la libertad frente al orden, pero el porcentaje de vascos y navarros que pensaba de igual forma se elevaba a un 25 por ciento (siendo éste el porcentaje más elevado de las regiones españolas). En segundo lugar, mientras que un 29 por ciento de los españoles en conjunto se declaraban franquistas y un 36 por ciento antifranquistas, los porcentajes para la población vasca y navarra eran de un 10 por ciento y un 56 por ciento respectivamente, siendo el primero el más bajo de las regiones españolas y el segundo el más elevado. Finalmente, mientras que un 60 por ciento de los españoles se declaraban partidarios de la monarquía y sólo un 20 por ciento de la república, los porcentajes de la población vasca y navarra eran de un 35 por ciento y un 33 por ciento, la más baja y la más alta de las regiones españolas respectivamente.⁴⁰

En 1979 varios investigadores diseñaron una encuesta con una muestra general para España y otras específicas para regiones históricas como el País Vasco.⁴¹ Hemos analizado con más profundidad esta encuesta por permitirnos establecer una serie de diferencias estadísticamente significativas entre el caso español y el vasco con respecto a varios asuntos. Cuando se pregunta a los entrevistados con qué están más de acuerdo, si con la Monarquía o con la República, un 33

³⁸ Fundación FOESSA, *Informe sociológico sobre la situación social de España* (Madrid: Euroamérica 1975) p.1159.

³⁹ Fundación FOESSA, op. cit. 1975, p.1186.

⁴⁰ Fundación FOESSA, *Informe sociológico sobre el cambio político en España (1975-1981)* (Madrid: Euroamérica 1981) p.154.

⁴¹ Dicha encuesta fue diseñada por Richard Gunther, Giacomo Sani y Goldie Shabad, quienes partieron de estos datos para la elaboración de su libro *El sistema de partidos políticos en España: Génesis y evolución* (Madrid: CIS/Siglo XXI 1986). El libro de Linz, op.cit., es también deudor de estos datos.

por ciento de vascos y un 62 por ciento de los españoles eligen el primer tipo de régimen, mientras que un 67 por ciento de los vascos y un 37 por ciento de los segundos elige el segundo. A continuación se les pregunta por su identificación con el franquismo o con el antifranquismo, y aunque un 25 por ciento de los españoles elige la primera opción, sólo un 7 por ciento de los vascos hace lo mismo; el segundo ítem es preferido por un 93 por ciento de los vascos y por un 73 por ciento de los españoles. También es reseñable la distancia ideológica entre los dos colectivos, pues mientras que los españoles se autoubican en una escala de 1 a 10 (donde 1 es la extrema izquierda y 10 la extrema derecha) en el 5.9 y los vascos en el 4.4.⁴²

La evaluación de la situación política del momento también es significativamente distinta, pues si sólo un 33 por ciento de los vascos dice estar de acuerdo con la frase que reza 'Todavía quedan muchos problemas por resolver, pero en conjunto no nos podemos quejar', hay un 56 por ciento de españoles que piensan así. En esta misma línea, la frase 'La situación va haciéndose cada vez más grave, no se puede continuar así', suscita el acuerdo del 67 por ciento de los vascos, pero sólo del 44 por ciento de los españoles.

Resulta especialmente interesante para nuestra investigación acerca del recuerdo de la guerra civil la respuesta a la siguiente pregunta: 'Por lo que usted sabe, haya vivido o no esos años, ¿con cuál de los dos lados simpatizaba ud. o su familia en la guerra de 1936: con el Frente Nacional o con el Frente Popular?'. Mientras que en 22 por ciento de los vascos dice que con el Frente Nacional y un 36 por ciento de los españoles afirma lo mismo, es un 42 por ciento de los vascos y sólo un 25 por ciento de los españoles los que afirman que lucharon por la República. Paradójicamente, algo más de un 30 por ciento de ambos colectivos afirma no haber combatido en ninguno de los dos bandos y poco más del 5 por ciento haberlo hecho en los dos.⁴³

En 1991 el CIRES otra encuesta sobre cultura política que constaba de una muestra general para el conjunto de España y tres específicas para el País Vasco, Cataluña y Galicia.⁴⁴ Las diferencias en el recuerdo que ambos colectivos tenían sobre la guerra se habían atenuado levemente con el paso del tiempo, pues en 1991 un 27 por ciento de los vascos y un 34 por ciento de los españoles reconocía que algún familiar había luchado en el bando franquista, mientras que un 40 por ciento de los vascos y un 31 por ciento de los españoles admitía haber tenido algún familiar combatiendo en el bando contrario. Un 22 por ciento de la población residente en el País Vasco afirmaba que 'todos' los miembros de su familia en edad de luchar había combatido a favor de la República en la guerra civil, mientras que en Cataluña un 20 por ciento suscribía lo mismo,

⁴² Unos diez años más tarde, el electorado del País Vasco sigue siendo el que más a la izquierda se ubica de todas las Comunidades Autónomas, con una media de 3.9, en comparación con la media española de 4.7. Véase Montero y Torcal, op.cit., p.162.

⁴³ Los resultados de la encuesta de 1979 los he elaborado a partir de los datos brutos de la misma.

⁴⁴ Los profesores Juan Díez Nicolás y Juan Díez Medrano, a quienes aprovecho para agradecer su generosidad, me permitieron introducir una serie de preguntas acerca de la memoria de la guerra civil en dicho cuestionario.

siendo la media nacional de un 12 por ciento a este respecto. No obstante, si nos fijamos en los familiares, amigos y conocidos de los entrevistados que fallecieron de una u otra forma en la guerra el porcentaje en el País Vasco es inferior en ocho puntos a la media española, siendo, sin embargo, el número de los que 'ingresaron en prisión' superior a la media española en 6 puntos.⁴⁵

Es evidente que todas estas preguntas están basadas en el recuerdo, vivido o transmitido, que la sociedad tenía al principio de la década de los noventa de lo que había ocurrido en los años treinta. Como la memoria evoluciona con el tiempo, bien puede ocurrir que sucesos posteriores a los hechos recordados modifiquen el recuerdo que se tiene de los mismos. Resulta curioso observar cómo la experiencia traumática del franquismo en el País Vasco a partir de finales de los años sesenta ha podido deformar su recuerdo de la experiencia bélica y postbélica. De esta forma, es posible que el recuerdo del número de presos que, según la encuesta, hubo en el País Vasco durante la guerra, pueda haberse visto deformado por otro recuerdo mucho más reciente acerca del número de activistas vascos encarcelados a lo largo de los años sesenta y setenta. De hecho, aunque es muy difícil saber cuántos 'vascos' fueron a engrosar las elevadas cifras de presos de la posguerra podemos extraer algunas conclusiones, aunque provisionales, a partir de las cifras de 'Causas incoadas en los Juzgados de Instrucción, por provincias, clasificadas por los títulos del Código Penal'.⁴⁶ He cruzado dichas cifras con el número de habitantes de cada provincia con el fin de obtener una media nacional de 'causas incoadas' para 1939, la cual es de 0,149 por ciento. Tanto Guipúzcoa (con el 0,025 por ciento) como Álava (con el 0,143 por ciento) están por debajo de dicha media, mientras que Navarra se ubica justo sobre la misma (0,149 por ciento) y sólo Vizcaya está claramente por encima, con un 0,194 por ciento, siendo la media de estas cuatro provincias de 0,127 por ciento, de nuevo inferior a la nacional.

Habría también que destacar en estas encuestas la percepción notablemente más negativa del franquismo que existe en el País Vasco, incluso si lo comparamos con Cataluña.⁴⁷ De nuevo, es muy probable que la dimensión de dicha percepción se deba, fundamentalmente, a lo acontecido durante las dos últimas décadas del franquismo, especialmente a partir del proceso de Burgos.⁴⁸ De hecho, a lo largo de los años 40 y 50 al País Vasco le fue, al menos en algunos aspectos, mucho mejor que a la media de la sociedad española. Según el ANE, el 'Coeficiente de mortandad provincial por cada 1000 habitantes' presentaba en 1942 una media nacional de 14,60,

⁴⁵ CIRES, *La realidad social en España 1990-91* (Bilbao: Fundación BBV/Caja de Madrid 1992) p.623.

⁴⁶ *Anuario Estadístico de España* (ANE) (Madrid, 1943) p.1073.

⁴⁷ Un 33 por ciento de los vascos tiene una visión 'muy negativa' de la labor realizada por el régimen franquista, mientras que sólo un 18 por ciento de los catalanes y un 15 por ciento de los españoles piensan igual. Véase CIRES, op.cit., p.639.

⁴⁸ Son varios los autores que señalan que este acontecimiento es crucial para entender la evolución del nacionalismo radical y la popularidad que éste ha llegado a obtener en sectores nada desdeñables de la sociedad vasca.

mientras que para Álava, Guipúzcoa, Navarra y Vizcaya las cifras eran de 13,54, 13,76, 13,19 y 12,84 respectivamente.⁴⁹ Las cifras de mortandad infantil arrojan resultados incluso más evidentes, pues en las cuatro provincias los promedios son inferiores a la media española a lo largo de cuatro años.

Las tasas de mortandad suelen ser muy significativas puesto que reflejan, si bien de forma indirecta, las condiciones alimenticias, higiénicas, sanitarias y, en consecuencia, económicas de cada caso. Es obvio que la dimensión traumática del recuerdo de un período postbélico no puede medirse sólo en función de estas cifras, pero también lo es que unas condiciones menos precarias de alimentación, sanidad e higiene contribuyen a hacer más llevadera cualquier situación.

No se trata, en absoluto, de medir 'quién sufrió más' en la guerra, en la posguerra y en el franquismo (en el caso de que exista una forma adecuada de medir y comparar los distintos tipos de 'sufrimiento'). Tan sólo pretendemos constatar que, en contra de lo que ha venido manteniendo el nacionalismo vasco en la clandestinidad y luego en la democracia, la situación general del País Vasco, al menos durante la guerra y en los años posteriores a la misma, no fue claramente peor que en el resto de España sino, de acuerdo con determinados indicadores, bastante mejor. Es cierto que estas cifras sobre las condiciones 'materiales' deberían ser matizadas con otras relacionadas con la represión 'cultural' que, si bien se produjo en todas partes, es lógico que afectara más a aquellas zonas con peculiaridades lingüísticas y culturales de gran arraigo. No podemos olvidar, sin embargo, que también debió ser muy crítica la situación de ciertas zonas andaluzas, extremeñas o manchegas (por poner sólo tres ejemplos), por todo lo que supuso que sus tasas de mortandad, y en ocasiones sus índices de represión política, fueran muy superiores a la media española en los años analizados. Otra cosa muy distinta es lo que ocurre en las décadas siguientes.

Lo que nos parece que sucedió realmente es que, a partir de un período de represión que sí fue notablemente más intenso en el País Vasco desde finales de los años sesenta, la retórica nacionalista ha llevado a cabo una reconstrucción de la historia hacia atrás, de forma que parezca que el franquismo siempre se empleó con especial dureza en el País Vasco. Como dice Juan J. Linz, el recuerdo de la represión llevada a cabo por la dictadura 'es sin duda uno de los determinantes de las actitudes presentes, aun cuando las circunstancias hayan cambiado. Un amplio sector de la población de Euskadi no estaba dispuesta a olvidar ese pasado y mirar al futuro'.⁵⁰ De hecho, según la encuesta del CIRES que ya hemos citado, el porcentaje de vascos

⁴⁹ ANE, op.cit., p.147.

⁵⁰ Véase Linz, op. cit., p.663. Este autor recomienda, unas líneas después, olvidar el pasado con el fin de lograr la consolidación de la democracia en el nuevo Estado de las Autonomías. De hecho, una vez celebrado el referéndum del Estatuto de Autonomía en 1979 un 69 por ciento de los vascos pensaba que era mejor 'olvidar el pasado y pensar en el futuro', frente a un 30 por ciento que afirmaba que 'no se puede ignorar el pasado'. Véase Linz, op. cit., p.664.

que está de acuerdo con la frase 'Lo que ocurrió en la guerra civil fue tan terrible que es mejor olvidarlo que hablar de ello' es menor que el del resto de los españoles. También son los vascos los que menos de acuerdo están con la frase siguiente: 'Los horrores y las consecuencias negativas de la guerra civil sólo las padecieron las personas que vivieron durante ella o en los años inmediatamente posteriores'.⁵¹

Según esta misma lógica, suele afirmarse desde sectores nacionalistas, apoyándose en el enorme poder simbólico del bombardeo de Guernica⁵², que también fueron los vascos los que más sufrieron a lo largo de la guerra, conflicto que, para el que se dice *gudari* en nuestros días (el activista de ETA), aún sigue vigente. De hecho, algunos representantes del nacionalismo radical consideran que el período postbélico llega hasta el final de la dictadura, e incluso hasta nuestros días. Ello permitió al nacionalista radical Francisco Letamendía, en un discurso pronunciado ante las Cortes en 1978, erigirse como portavoz de una parte de la sociedad vasca: 'que no ha podido olvidar los horrores de la post-guerra porque los ha visto reproducidos en su secuela de muertes, detenciones, torturas, exilios y encarcelamientos... en ciertos casos, hasta hace pocos meses, y aún pocas semanas'.⁵³

Conclusiones

Es posible que la experiencia bélica tuviera unos tintes algo más dramáticos en el caso vasco, pero no, como tantas veces se ha insinuado desde posiciones nacionalistas, porque allí la guerra hubiera sido más destructiva, ni porque la posguerra hubiera sido más dura, ni tampoco porque las represalias políticas de este período hubieran tenido mayor entidad. Más bien ocurrió que la destrucción, si prescindimos del célebre bombardeo de Guernica y algún que otro episodio funesto, fue inferior a la sufrida en otras zonas y que la supervivencia en la posguerra no fue tan dificultosa como en otros sitios. También hemos aludido al papel atenuador de la represión desempeñado por la iglesia vasca a lo largo del franquismo, pues hizo todo lo que estaba en sus manos, que no era poco, para evitar los fusilamientos y reducir las condenas.

No es, pues, por ninguno de estos motivos por los que el recuerdo de la guerra civil en el País Vasco tiene un sentido tan dramático, sino por el carácter doblemente fratricida que tuvo allí la contienda, especialmente para los nacionalistas. El hecho de que el territorio vasco y navarro hubiera quedado dividido entre los defensores a ultranza del bando franquista, los partidarios de la República y los nacionalistas confiere a este conflicto un dramatismo aún mayor, pues supone la ruptura simbólica de una identidad colectiva supuestamente natural, la 'nación vasca'. Y es que, si

⁵¹ CIRES, op.cit., p.634.

⁵² El bombardeo de Guernica es una derrota militar que acaba siendo convertida en una victoria propagandística. Lo presentan como un intento de aniquilación del fascismo internacional contra el País Vasco y acusan también al gobierno de la República de no haberles prestado la ayuda suficiente. Parte importante de la victimización del discurso nacionalista reside en la elaboración mítica de ese bombardeo.

⁵³ Letamendía, op.cit. 1994 II, p.132.

bien es cierto que tanto Vizcaya como Guipúzcoa perdieron sus conciertos económicos, también lo es que Álava y Navarra conservaron sus prerrogativas forales como premio a su lealtad al franquismo.

Otro asunto distinto, aunque directamente relacionado con el anterior, es el mayor contenido represivo que tiene la dictadura para el País Vasco a partir de finales de los años sesenta, dado el mayor número de movilizaciones y la subsiguiente represión, que será especialmente sañuda a partir del recurso de la recién nacida ETA a las acciones terroristas. Desde entonces, el País Vasco irá acumulando un importante número de estados de excepción⁵⁴ y

⁵⁴ Según Ander Gurruchaga, 'de un total de once estados de excepción decretados por el régimen entre 1956 y 1975, diez de ellos van a afectar a Guipúzcoa y a Vizcaya o ambas a la vez', en Gurruchaga, *op.cit.*, p.289. Este mismo autor también insiste en la importancia del 'estigma del derrotado' que existe en el País Vasco a lo largo del

llegará a contar, al morir Franco, con el mayor contingente de población reclusa. Este clima de crispación y enfrentamiento permitirá a ETA alentar el mito de que ellos están continuando la guerra que comenzó en 1936, según su versión, entre los vascos y los españoles. Dicha contienda no finalizará para ellos hasta que el País Vasco no se independice del Estado español. Todo ello explica que el nacionalismo vasco radical fuera el movimiento político que más activamente demandó que se purgaran las instituciones civiles y militares heredadas del franquismo. Por el contrario, lo que se dio fue una especie de amnistía mutua por la cual los terroristas con delitos de sangre salían de la cárcel a cambio de que también se amnistiara a las Fuerzas de Orden Público involucradas en la represión. De esta forma, aunque un sector de los radicales vascos acepta dicha solución intermedia, muchos otros deciden continuar la lucha armada e impugnar al nuevo régimen, al que denominan post-franquista por considerarle, debido a la ausencia de purgas, la mera continuación de la dictadura. De esta forma, el hecho de que nunca llegara a plantearse abiertamente la posibilidad de purgar las instituciones heredadas del franquismo tuvo un coste político en el movimiento nacionalista radical, y también en parte del moderado, lo que explica la menor legitimidad democrática que encontramos en las encuestas de opinión en algunos sectores del País Vasco.

El nacionalismo moderado, por su cuenta, dice que se vio obligado a tomar partido en una guerra que le era ajena, pues sus prioridades nada tenían que ver con las de ninguno de los dos bandos, y que, a pesar de verse forzados a luchar, siempre intentaron impedir los desmanes y las represalias y, sobre todo, preservar la integridad de las personas y el patrimonio de su comunidad nacional. Esta interpretación les permite justificar el Pacto de Santoña, especialmente de cara a un nuevo electorado mucho más claramente nacionalista que el de los años treinta, y por el cual compiten con otra fuerza nacionalista que, por primera vez en la historia, amenaza con cuestionar su hegemonía. A partir de ahora, el PNV ha de ser mucho más cauto en sus relaciones con los partidos 'españoles', pues son muchos los que achacan a esta política todos los males que han aquejado al País Vasco desde 1936.

Por todo ello, en la transición nos encontramos con que la tarea prioritaria del nacionalismo moderado, aunque no lo declarara públicamente, es evitar el fratricidio vasco que se había producido en la guerra civil. Ahora se trataba de integrar a los vascos, aunque ello supusiera un peor entendimiento con el resto de las fuerzas democráticas españolas. A diferencia de ellas, el PNV dice no sentirse culpable por la guerra del 36. De ello se deriva que este partido tampoco comparta la máxima asumida de forma implícita por buena parte de la sociedad española, el 'todos fuimos culpables'. Es esta falta de sentimiento de culpabilidad la que les permite no tener que hacer las concesiones a que se ven obligados los demás, pues ellos nada tienen que purgar. El consenso está, según esta lógica, basado en un sentimiento de culpa que el nacionalismo moderado no comparte, por lo que dicha máxima no ha de ser la que determine sus acciones.

Además, si, según esta misma lógica, los nacionalistas fueron los que más sufrieron en el franquismo y los que más heroicamente lucharon contra el mismo, es el resto de la sociedad española quien ha contraído una deuda con ellos, y no al revés. Esta es la retórica del partido, aunque su práctica política, como es bien sabido, ha sido mucho más proclive a los pactos y a la negociación de lo cabría esperar de su argumentación anterior.